

No era un hombre, era un Dios el que, vagando
De nación en nación, de trono en trono,
Emulos miserables encontrando
Do hallar pensara liberal patrono,
Iba, bañado en lágrimas, rogando
Más tenaz cada instante en su abandono,
Que vieran lo que ver solo él podía,
Que tuvieran la fé con que él creía.

¡No era un hombre, era un Dios el que, agitado
Del raptó omnipotente del profeta,
Sin más luz que la luz del inspirado,
Y una alma audaz de abnegación repleta:
Viendo todo en su pérdida obstinado,
Y osando todo, fabuloso atleta!
Lanzóse, en poz de un ignorado mundo,
A un ignorado mar, sordo y profundo.

¡Ay! ¿dónde irá? ¿quién vé, quién encamina
Ese feble batel, solo y proscrito,
Que va, cual descarriada golondrina,
Perdido en el azul del infinito?
Parece una alma triste y peregrina,
A quien empuja el dedo del delito. . . .
¡No! ¡dejad! no temáis: Colón va en ella:
¡Medir la inmensidad! hé allí su estrella.

En vano ruje el huracán, y en vano
La rabiosa borrasca se rebela,
Y sacúdense hambriento el Océano
Bajo la pobre y frágil carabela;
Y cual si Dios negárale la mano,
Huye la luz y la esperanza vuela,
Y á un grito de despecho y de venganza
Contra Colón la turba se abalanza.

¡Vedlo! cruza los brazos, y sereno
Cielo y piélago y hombres desafía;
Vibra el ojo imperial, y el noble seno
Abre al furor de la canalla impía:
Pero ésta vuelve atrás; y al son del trueno
Y al recio azote de la mar bravía,
Todo parece que á Colón ostenta
¡Rey del peligro, Dios de la tormenta!

Más. . . . pasó la ovación: la mar furiosa,
Cual de asombro y cansancio se adornece;
Sopla próspero el viento; y generosa,
Rauda la carabela le obedece;
La quebrantada multitud reposa,
Y ya la virgen Alba se estremece,
Mientras con ojo de águila altanera
Colón, siempre de pié, mira. . . . ¡y espera!

¡Hubo luz. . . . y hubo tierra! ¡Tierra! exclama
De súbito una voz; y en el momento
¡Tierra! de popa á proa se proclama

En himno de frenético contento;
¡Tierra! es el grito unísono que inflama
La multitud en loco arrobamiento,
Y á los piés de Colón lánzase y llora,
Y, Dios imaginándole, le adora!

Pero él no vé, no escucha: entrambas manos
En humilde oblación levanta al cielo,
Vertiendo de sus ojos soberanos
Llanto de gratitud y de consuelo.
Vió y midió su mirar dos Océanos;
Abrazó el mundo y lo encontró gemelo:
Y, creador como Dios, de su delirio
Brotó su creación. . . . y su martirio.

¡Su martirio! Tal fué la recompensa
Que alcanzó al fin, cual Redentor de un mundo,
Al conquistarlo con audacia inmensa
Para la cruz que en él plantó fecundo;
Era para los hombres alta ofensa
Su excelsa fé, su adivinar profundo,
Y para hacer más grande su victoria,
Santificaron con su cruz su gloria

Mas ¡ay! sí, indigno de Isabel primera,
Tan mal el español te galardona,
Cual tu irritada sombra álzase fiera
Colombia, hercúlea, espléndida Amazona;
Y en tu nombre es el triunfo su bandera,
Y en tu nombre magnánima perdona;
Y en tu nombre la fábula realiza,
Y así segunda vez te inmortaliza.

Y hoy, en ese aderezo esplendoroso,
De perlas y coral, que entrelazaron
Dos mares en el cuello primoroso
De tu indiana gentil, do celebraron
Las bodas que al fortísimo coloso
Y á la virgen del mundo preparon,
Hoy van tus hijos, á la par dolientes,
A dar honra á tu imagen reverentes.

Allí, do al sello de tu augusta planta
Unieronse dos cuartos de la tierra;
Donde lloraste con angustia tanta
La iniquidad que la ambición encierra;
Allí el angel serás que armado espanta
Al que nos traiga servidumbre y guerra;
Guardián del paraíso que tú mismo
Con tu brazo arrancaste del abismo.

Alzate allí para que al mundo veas
En incesante, hirviente torbellino
De amor y admiración ricas preseas
Detenerse á ofrendarte en su camino.
Allí con mano justa balanceas
De tus dos continentes el destino;

Y oyes, en cada ola, á cada instante,
Dos mares saludándote gigante! . . .

Pero ¡qué! ¿No te basta el monumento
Que te fundó Dios mismo, cuando el trazo
Hizo de la creación? Al firmamento
Amenaza en el regio Chimborazo.
Mide la tierra su estupendo asiento.
Y la equilibra su estupendo brazo!
¡Tú, genio de los genios, sin segundo,
Pedestal de tu estatua hiciste un mundo!

RAFAEL POMBO.

LA RABIDA.

(Lic. Francisco Escudero y López Portillo.)

Como el convento de la Rábida tiene tanta nombradía y justamente goza de fama universal, creo que agradará conocer algo acerca de su particular historia, y así, voy á narrarla en breves conceptos, aprovechando las curiosas noticias que el sabio padre Fray Cosé Coll ha compilado en su "Colón y la Rábida."

No se tiene una certeza absoluta respecto de la etimología de la palabra *Rábida*; generalmente se ha supuesto que es la segunda terminación latina de *Rábidus. a, um* por creerse que el monasterio era lugar donde se curaba la rabia, tan común en el distrito donde estaba ubicado, durante la edad media. Pero según el P. Fray José Lerchundí, la locución *rábida* ha sido muy usada por los moros españoles y significa *fortaleza* fronteriza custodiada por los morabitos, ó *mezquita en despoblado ó cuartel* en general, ó sea, según oportuna traducción del Illmo. Sr Gonzaga, *ermita*.

El convento de franciscanos de la Rábida se encuentra situado en España, en la provincia de Huelva y Archidiócesis de Sevilla; dista de la capital de Huelva de cinco ó seis kilómetros en línea recta. El río Odiel, que nace 17 leguas al noroeste, es ancho y caudaloso cuando llega á Huelva, ya confundido con el río Tinto, que baña á Niebla, á Moguer y Palos; los dos rios juntos besan las dependencias del convento.

Cuando Colón lo visitó, toda la comarca que á su derredor se entendía, se hallaba cubierta de espesa vegetación y de vigorosas y lozanas selvas.

Según un Códice inédito escrito en 1714 por el P. Fr. Felipe de Santiago, religioso franciscano de

la Rábida, este lugar siempre ha sido venerado; en tiempos de gentiles, lo mismo que en los de moros y cristianos. Dice el Códice, que Trajano, emperador romano, á principios del siglo II, mandó edificar el templo dedicado á su hija Proserpina, á quien le labraron una imagen de piedra, que se colocó en una peana de oro puesta en un nicho de cobre, bronce y plata.

En este templo se celebraban las fiestas que, con el nombre de *Lupercales*, estaban también establecidas en Roma. El templo gentilico se convirtió á su vez en cristiano, dándosele culto á una imagen de la Virgen, llamada de "Los Milagros," regalo del obispo de Jerusalén, San Macario, que lo fué por los años 331, á los vecinos del pueblo de Palos, á quienes llegó por conducto de Constantino Durán, soldado cristiano. La Rábida, durante la dominación agarena fué mezquita, para convertirse nuevamente, después de la reconquista, en ermita cristiana, luego en fortaleza de los Templarios y después en convento franciscano, según cuenta Rodrigo Caro. Si la fundación del convento se hizo, como lo insinúa el Códice citado, en 1221, no solamente es el más antiguo de la orden en España, sino que tal vez, como una tradición oral lo refiere, fué visitado por San Francisco de Asis, cuando su viaje por la península ibérica.

A principios del siglo XIII los caballeros Templarios tomaron posesión de la Rábida; pero sólo permanecieron corto espacio de tiempo en el convento, que al fin cedieron á los Franciscanos en 1221, como ya lo indiqué. Los *Menores Franciscanos* poseyeron el convento hasta el siglo XV, como unos doscientos años, en cuya época tuvieron que cederlo á los frailes *Menores Conventuales*; pero á virtud de una bula del papa Eugenio IV, volvieron á él los primeros fundadores en 1445, es decir, los *Menores Observantes*, á los que pertenecieron los Padres Fr. Juan Perez y Fr. Alonso de Marchena. Finalmente los frailes *Recoletos* habitaron la Rábida, desde mediados del siglo XVI, hasta la exclaustración en 1835.

Esta es, á grandes rasgos, la historia de la Rábida; cabe cuyos muros se albergaron un día, el genio de Colón y el corazón de Fr. Juan Perez, y se incubó y maduró el gran proyecto de adornar la corona de Castilla con un mundo nuevo, un mundo virgen, el más espléndido regalo que hombre alguno haya hecho jamás á sus reyes y á la humanidad.

A CRISTOBAL COLON.

(Rafael María Baralt.)

Tu frágil caravela
Sobre las aguas con tremante quilla,
Desplegada la vela,
¿Do se lanza llevando de Castilla
La venerada enseña sin mancilla?
Y abriéndose camino
Del no surcado mar por la onda brava
¿Por qué ciega y sin tino,
Del pérfido elemento vil esclava,
La prora inclina á donde el sol acaba?
¿No ves cómo á la nave
Desconocidos vientos mueven guerra?
Cómo, medrosa el ave,
Con triste augurio que su vuelo encierra,
Al nido torna de la dulce tierra?
La aguja salvadora,
Que el rumbo enseña y que á la costa guía,
¿No ves cómo á deshora
Del Norte amigo y firme se desvía,
Y á Dios y á la ventura el leño fía?
Y el piélago elevado
¿No ves al Ecuador, y cual parece
Oponerse irritado
A la ardua empresa; y cual su furia crece;
Y el sol cómo entre nublos se oscurece?
¿Ay! que ya el aire inflama
De aligeras centellas lluvia ardiente:
¿Ay! que el abismo brama;
Y el trueno zumba; y el bajel tremente
Cruje, y restalla, y sucumbir se siente!
Acude, que ya toca
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño
En la cercana roca:
Mira el concho y el adusto ceño
De la chusma sin fé contra tu empeño.
Y cual su vocería
Al cielo suena; y como en miedo y saña
Creciendo, y agonía,
Con tumulto y terror la tierra extraña
Pide que dejes por volver á España.
¿Ay triste, que arrastrado
De pérfida esperanza, al indio suelo
Remoto y olvidado,
Quieres llevar flamígero tu vuelo!
¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?
La perla reluciente
Y el oro del Japón buscas en vano:
En vano á Mangi ardiente;

Ni de las ondas aguas del océano
Jamás verás patente el grande arcano.
Vuelve presto la prora
Al de Hesperia feliz, seguro puerto;
Donde del nauta llora,
Juzgándole quizá cadáver yerto,
La inconsolable madre el hado incierto.
Engañosa sirena
Vanamente el error cante en su lira:
¿Colón! clava la antena:
Corre, vuela: no atrás, avante mira:
Al remo no des paz; no temas ira.
Y aunque fiero, atronado
Ruja el mar, clame el hombre, brame el viento
Con furia desatado,
Resista el corazón; y al rudo acento
De tus pinos aviva el movimiento.
Por la fé conducido,
Puesta la tierra en estupor profundo,
De frágil tabla asido,
Tras largo afán y esfuerzo sin segundo,
Así das gloria á Dios, y á España un mundo.
¿Oh noble, oh claro día
De inclita hazaña y la mayor victoria
De la humana osadía:
En fama excelso, sin igual en gloria,
Eterno de la gente en la memoria!
El la tostada arena
Te vió, sabio *ligur*, mojar en llanto,
De asombro el alma llena;
Y en voz de amor y de alabanza en canto
Entonar de David el himno santo.
De Cristo el alto nombre
Aclamar triunfador entre la gente;
Y un culto dar al hombre
Desde el gélido mar y rojo Oriente
Al confín apartado de Occidente.
Y la sacra bandera
Que nuevo Dios y nuevo rey pregoná,
Al viento dar ligera
Del astro de los Incas en la zona;
Astro luego de Iberia y su corona.
La veleidosa plebe
Humillada á tus piés, en plauso ahora
Al cielo el grito mueve;
Y el que del sol en las regiones mora
Angel te llama, y como Dios te adora.
¿Qué humana fantasía
Dirá tu pasmo; y cuánto el pecho encierra
De orgullo y alegría!
Trocada en dulce paz, ve aquí la guerra:
Cual divina visión, allí la tierra.

No el que buscas ansioso,
Mundo perdido en tártaras regiones,
Mundo nuevo, coloso
De los mundos, sin par en perfecciones;
De innumerables climas y naciones.
De ambos polos vecino
Entre cien mares que á su pié quebranta
El Ande peregrino,
Cuando hasta el cielo con soberbia planta
Entre nubes y rayos se levanta.
Allí, raudó, espumoso,
Rey de los otros rios se arrebata
Marañón caudaloso
Con crespas ondas de luciente plata,
Y en el seno de Atlante se dilata.
De la altiva palmera
En la gallarda copa dulce espira
Perenne primavera;
Y el Cóndor gigantesco fijo mira
Al almo sol, y entre sus fuegos gira.
Allí fieros volcanes:
Emulo al ancho mar lago sonoro:
Tormentas, huracanes:
Son árboles y piedras un tesoro:
Los montes plata, y las arenas oro.
¿Qué tardas? Lleva á Europa
De tamaño portento alta preseca,
Hiera céfiro en popa,
Ó rudo vendabal, que pronto sea,
Y absorto el orbe tu victoria vea.
El piélago sonante
Abrirá sus abismos: sorda al ruego
La nube fulminante
Su terrífica voz lanzará luego,
Y tinieblas, y horror, y lluvia, y fuego.
Y del mar al bramido
Unirá contra tí la envidia artera
Su ronco horrible aullido.
¿Piloto sin ventura! ¿á qué ribera
Llegará tu bagel en su carrera?
¿Qué será de tu gloria?
Tu nombre, entre las gentes difamado,
¿Morirá sin memoria?
Ó tal vez de las ondas libertado
Por tu empresa un rival será premiado.
Todo será: el delirio
De férvido anhelar que vence, y llora:
Gozo, gloria, martirio;
Cadena vil y palma triunfadora:
Cuanto el hombre aborrece, y cuanto adora.
Mas ¿qué á tu fe, del viento,
Del rayo y la traición crudos azahares?

Levanta el pensamiento:
¿Elegido de Dios! hiende los mares,
Y con nombre inmortal pisa tus lares.
No Argos mas gloriosa
Llevó á Tesalia el áureo vellocino
De Colcos la famosa;
Ni de Palas guiado, en el Euxino
Con esfuerzo mayor se abrió camino.
De gente alborozada
Hierva ondeando el puerto, el monte, el llano;
Cual en tierra labrada
Mece la blonda espiga en el verano
Con rudo soplo cálido solano.
Y de ella sale un grito
De asombro y de placer que al mar trasciende
Con ímpetu inaudito:
¿Colón! exclama y los espacios hiende:
Al polo alcanza, hasta el empíreo asciende.
Del incógnito clima
¿Oh rey de Lusitania! los portentos,
Y la mies aurea opima,
Llorando el corazón duros tormentos,
Airados ven tus ojos, y avarientos.
De tí y de tus iguales,
El Anglio poderoso, el Galo fuerte,
A las plantas reales
¿Un mundo no ofreció, y excelsa suerte
Del tiempo vencedora y de la muerte?
Si de Enrique tuvieras
El ánimo preclaro, agena hazaña
En mal hora no vieras,
Ni el mar inmenso que la tierra baña
Hacer de entrambos mundos una España.
Ni á Iberia agradecida,
Del aurífero Tajo hasta Barcino
Ofrenda merecida
De incienso y flores, cual á ser divino,
Rendirle fiel en el triunfal camino.
Su esfuerzo sobrehumano
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios;
Por él ya el orbe ufano
Saluda tu estandarte y son hesperios
Del uno al otro mar los hemisferios.
¿Fernando! ¿qué corona
Al huésped de la Rábida guardada
Sus hechos galardona?
¿Bastará tu corona, que empeñada
Con todo su poder se vió en Granada?
Dilo tú que en el templo
Vagas inulta en medio á los despojos
¿Oh sombra de alto ejemplo!

En cuya mano y sien miran los ojos
Grillos por cetro, y por corona abrojos.

Mas no à la gran Castilla

El rostro vuelvas, ni à Isabel, ceñudo:
No es suya la mancilla;
Que à tí fué abrigo cuando más desnudo;
Al Indio madre; al Africano escudo.

Y unirá su alta gloria
À tu gloria la tierra agradecida
Con perpetua memoria,
Cuando en el indio suelo, al fin rendida,
Vigor nuevo recobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo,
Cual de todos compuesto, no formara
Sin designio profundo;
Ni allí de sus tesoros muestra rara
En cielo, y tierra, y aguas derramara.

Tu alada fantasía
Al contemplarlo, en el Eden primero
Volando se creía;
Y Eden será en el tiempo venidero,
De la cansada humanidad postrero.

Donde busquen asilo
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbarie, en el tumulto
De un pueblo vengador con fiero insulto.

¡Ay de ellas las comarcas
Viejas en el delito y la mentira:
De pueblos, de monarcas,
Cuando el Señor, que torvo ya los mira,
Descoja el rayo y se desate en ira!

Por las tendidas mares
Entonces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando, y altares;
Y después de las culpas y el castigo
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo.

¡Colón! el mundo hermoso
Que de su seno à las hinchadas olas
Arrancaste animoso,
Coronando de eternas aureolas
Las invencibles armas españolas,

Así de polo à polo
Resuena el canto: Extiende tu renombre
Por los cielos, Apolo;
Y, emblema de virtud y gloria al hombre,
De una edad à otra edad lleva tu nombre.

COLON

FUÉ EL VERDADERO DESCUBRIDOR
DEL NUEVO-MUNDO.

Examinadas à la luz de una crítica imparcial, en nada perjudican à Colón las relaciones de antiguos viajes por el Atlántico hacia el SO. de Europa. La noticia más remota que de ellos tenemos, es la de Mr. Forster, compañero del infortunado Cook:

«Una borrasca, dice, dispersó los buques de Herjolph: arrojóles à la costa de Noruega: hízose el hijo à la vela para juntarse con su padre, y un viento muy recio le echó à una gran distancia hacia el SO., con cuyo motivo descubrió un país llano, cubierto enteramente de bosques, y también una isla. Serenado el tiempo, navegó à Groenlandia, à cuya sazón reinaba Eric; y al instante su hijo Seif, cuyo único afán y gloria eran descubrir nuevas tierras y fundar colonias, mandó equipar un navío con treinta y cinco hombres de tripulación: tomó por guía à Biron y se fué à encontrar los países que éste último había descubierto. La primera costa que halló estaba cubierta de peñascos, por cuya razón le puso el nombre de Rockland; también halló un país llano y poblado de bosques, à que llamó Markland, habiendo descubierto dos días después la tierra y una isla inmediata à la costa. Subió por un río muy caudaloso, y llegó hasta un lago, en donde pasó el invierno, en cuyo lugar vió el sol ocho horas sobre el horizonte, etc.»

Esta noticia se refiere al siglo XI. Siete siglos después se hace esta relación sin probar la existencia de Herjolf, de su hijo Biron, etc., si fueron comerciantes, si hicieron expediciones marítimas. Y aun concediendo la certeza del hecho, pudo una tempestad arrojar sobre el continente de América las naves de unos comerciantes en 1001, sin que en 1492 se tuviese noticia de él. ¿Quién osará afirmar que fué la América la tierra descubierta por el navegante islandés? Además de los principales escritores de los siglos XV y XVI, unánimes en conceder à Colón la gloria de haber descubierto la América, él mismo, en su hora postrera, lo afirma en su testamento, y más que todo lo atestiguan el que se despreciase como fabulosa la proposición del al-

mirante y el asombro que su descubrimiento causó en toda Europa. Y nótese que esta proposición fué hecha à España en 1484, antes de que pudiese entregarle Behem su diario y su carta de marear.

Nadie ha puesto en duda el talento y la erudición del navegante genovés, por manera que con el auxilio de sus profundos conocimientos, de su correspondencia con los cosmógrafos más eminentes de su época, de sus cálculos sobre la forma esférica de nuestro planeta, y de la lectura de los antiguos, dedujo que, dando vuelta al globo por el Occidente, debía tropezar con el Japón y la China. Por esto se vé que su descubrimiento no fué casual, sino premeditado. Calculó más: opinó que mediando tan gran distancia entre la costa O. de Europa y la E. del Asia, era posible que tuviesen razón los antiguos, como Strabón y Ptolomeo, para suponer la existencia de algunas islas en el Atlántico. D. Fernando Colón, tan sencillo como su padre, no se desdenaba de confesarlo con la mayor ingenuidad.

¿Dónde ha tenido origen la sospecha de que Colón no fué el primero que halló la América? En una relación vaga que hizo Garcilaso, natural de Cuzco, que aceptó Gomara, y que con sentimiento hemos visto reproducida en célebres escritores extranjeros de nuestro siglo. Pero ¿cómo creer esta relación, en la cual se supone que Colón obtuvo la noticia de las tierras occidentales, que un navegante llamado Alonso Sanchez de Huelva, que murió en casa del almirante, cuando Garcilaso, reputado de inexacto por excelentes críticos, fué posterior à Huelva en más de un siglo, y cuando Gomara, que le apoya, ha sido siempre calificado de poco veraz ó demasiadamente crédulo?

En hora buena que algunos navegantes hayan sido arrojados por la furia de los vientos sobre las islas ó el continente de América: estas islas y este continente eran ignorados de toda Europa, por más que fuesen conocidos de ciertos habitantes del N. E. de Asia.

La envidia que empezó à perseguir à Colón en vida, ceba todavía su venenoso diente en la memoria del grande hombre. ¿No dice algo, en favor suyo, el encargo que hizo à Vallejo de que se pusiesen sobre su tumba los grillos con que se le cargó al llevarle à España? Si la desgracia

es inseparable compañera del mérito; si la envidia se auna con la calumnia para empañar el lustre de los grandes hombres, Cristóbal Colón fué el hombre más grande de su siglo.

Confesémoslo: sólo él se lanzó, no al acaso, sino fundado en sublimes cálculos, en busca de extensas comarcas. La seguridad de obtener un éxito feliz, se evidencia con el empeño que mostró en llevar à cabo su proyecto, sin que à la España haya costado este colosal descubrimiento más que la insignificante suma de «un cuento de maravedís.»

Hé aquí por qué decimos que *Cristóbal Colón regaló à España un continente ignorado de los europeos.*

ISABEL Y COLON.

SRITA. ANA MARIA ROMO.

(San Luis Potosí.)

Como el águila real que audaz se lanza
Y en el éter se mece entre las brumas,
Magestuosa se eleva y se contempla,
Sacude y mueve sus brillantes plumas,
Y más allá de las flotantes nubes
Deteniendo su vuelo,
Contempla el sol, se baña en sus fulgores,
Desciende, se detiene en una roca
Y bajando hasta el suelo,
Su mirar, poderoso y penetrante,
Contempla el colibrí que palpitante
Aspira el néctar de las blancas flores;
Así tu genio se meció gigante
En el cielo esplendente de tu idea,
Y à través de las brumas
Que formaba el error con la ignorancia
Tú veías las espumas
De nuestras bellas diáfanas cascadas.
Percibías la fragancia
De los lirios que bordan nuestras fuentes,
Y los cánticos dulces y dolientes
O sonoros y llenos de alegría
De las aves de poético plumaje
Que en medio viven de la selva umbría.

Tú percibías desde la vieja Europa
Las gracias infantiles de la niña,
De tez morena y sonrosada planta
Que el Atlántico besa con sus ondas,

Que acaricia el Océano con sus brisas,
Y adormida entre verdes cocoteros
Le mandan sus sonrisas
Y coronan su frente los luceros.

Diez y ocho años soñaste con mi Patria
Te arrobaba su gracia y su belleza,
Anhelante deseabas contemplarla
Y venir á sus lares;
Pero humilde, sin nombre y sin riqueza,
Para cruzar los mares,
Pedías apoyo en vano á soberanos
Que te tenían en poco,
Y en tí creían mirar un pobre loco,
Una triste excepción de los humanos.
Hasta que al fin una mujer te llama
Porque mejor que nadie te comprende:
Es reina y poderosa, pero emprende
Entonces una guerra con Granada,
Y no teniendo nada
Con que ayudarte en tan grandiosa empresa
Exclama entusiasmada:
"¡Empeñaré mis joyas!
¡Mi corona también si es necesario!"
Isabel te cumple su promesa,
Mientras tú . . . ¡pobre loco vagabundo,
Le ofreces á mi Patria
Un altar, una cruz, un incensario,
Y á la España le brindas con un mundo!

La descendencia de Colón.

- I. D. Diego *Colón* y Melo.
Fué primogénito del descubridor, duque de Veragua y marqués de Jamaica.
- II. D. Luis *Colón* y Toledo.
Este añadió á los anteriores títulos el de duque de la Vega de la Isla Española en Santo Domingo, por la gracia de Felipe II en 1557 y el de Grandeza de España.
- III. D. Alvaro de Portugal y *Colón*.
En este se interrumpió la varonía.
- IV. Nuño *Colón* de Portugal.
- V. D. Alvaro Jacinto *Colón* de Portugal.
Fué del hábito de Calatrava.
- VI. D. Pedro Nuño *Colón* de Portugal y Castro.

Este unió á los títulos de la casa de Colón los de las condesa de Gelves, marquesa de Villanizar; fué capitán general de la Armada y presidente de la real audiencia de la Nueva España. Estuvo también condecorado con el Toisón de Oro.

VII. D. Pedro Manuel *Colón* de Portugal y la Cueva.

Fué maestre-campo de los Estados de Flandes; general de ejército en Cataluña y en el Estado de Milán; gobernador y capitán general de Galicia, virrey de Sicilia y capitán general de las Galeras de España.

VIII. D. Pedro Manuel *Colón* de Portugal y Ayala.

Este unió á los títulos de la casa ducal de Veragua y condal de los Gelves, los de Marqués de la Mota y San Leonardo, y conde de Ayala y Villalonso; fué virrey de Navarra y de Cerdeña; decano del consejo de la Guerra; gentil hombre de la cámara de Felipe V y su secretario de Estado en el Despacho del ministerio de Marina, Indias y Comercio, y disfrutó las encomiendas de Aznaga y de la Granja de la Orden de Santiago.

IX. Doña Catalina Ventur y *Colón* de Portugal.

X. D. Jacobo Francisco Eduardo Fitzjames Stuart y *Colón* de Portugal.

Este fué duque de Veragua, de Liria, de Jérica y de Berwick; conde de Gelves, Finmouthk, Ayala, etc.

XI. D. Mariano *Colón* de Toledo y Larraátegui Jimenez de Embrión, del Consejo de Castilla, presidente del de Hacienda y con honores del de Estado.

Este pleiteó contra la casa de Liria y heredó por sentencia firme contra esta casa, los títulos de la de Veragua. Obtuvo la gran cruz de Carlos III y de Isabel la Católica.

XII. D. Pedro *Colón* de Toledo Baquedano Larraátegui y Quiñones, senador del reino, caballero del Toisón de Oro, gran cruz de Carlos III y de Isabel la Católica, y gran oficial de la Legión de Honor.

Fué el padre del actual duque de Veragua llamado:

XIII. D. *Cristobal Colón de Toledo de la Cerda y Gante*, que años pasados fué elegido presidente del Congreso de Americanistas, y en 1890 fué ministro de Fomento.

EFEMERIDES

DE

Cristobal Colón.

EXTRACTADAS
DE VARIAS HISTORIAS FIDEDIGNAS
POR EL LIC. CECILIO A. ROBELO.

1435 ó 1436.—Nació Cristobal Colón en Génova (1).

1470.—Fué Colón á Portugal á solicitar del rey Juan II protección para hacer un viaje buscando un camino occidental para la India. El rey consultó la proposición á los cosmógrafos Rodrigo y José, y á Cazadilla, obispo de Ceuta. El proyecto fué calificado de insensato; pero como hubiese personas en aquella corte á quienes las brillantes perspectivas ó las sólidas razones de Colón sedujeron ó conmovieron; le aconsejaron al monarca le pidiese, con el pretexto de examinarlos, sus papeles, para, con arreglo á ellos, enviar sigilosamente un buque en la dirección indicada; usurpándole, de esta manera, la gloria, á quien de derecho le correspondía. El buque salió y volvió después de haber llegado hasta las Azores, sin resultado alguno, lo cual sirvió para ridiculizar más á Colón. Este, indignado de tan miserable superchería, dejó secretamente á Portugal, llevándose á su hijo Diego y reducido á la mayor pobreza.

1484.—Fué Colón á España, y caminando á la ciudad de Huelva en busca de un cuñado suyo, pasó por la Rábida, convento de franciscanos, que se conserva aún, y se acercó á la portería á pedir pan y agua para su hijo Diego, niño de 12 años. Mientras recibía ese humilde refrigerio, el guardián del convento, Fr. Juan Perez de Marchena, pasó casualmente por allí, le causó admiración la presencia de aquél extranjero y entabló conversación con él, de

(1) Mucho se ha controvertido sobre el lugar del nacimiento del Ilustre Descubridor; pero un testamento que hizo el mismo en 1493 y cuya pretendida falsedad no se ha demostrado, decide la tan agitada cuestión. En ese documento se lee: "Siendo yo nacido en Génova." y más adelante: "Item: "Mando al dicho Don Diego, mi hijo, ó á la persona que heredare el dicho mayorazgo, que tenga y sostenga siempre en la ciudad de Génova una persona de nuestro linaje que tenga allí casa y mujer é le ordene renta con que pueda vivir honestamente, como persona tan llegada á nuestro linaje, y haga pié y raíz en la dicha ciudad como natural de ella, porque podrá haber de la dicha ciudad ayuda é favor en las cosas del menester suyo, puesto que de ella salió, y en ella nació."

la que resultó, por el interés que encontró en ella, que el guardián le detuviera como á su huésped. En aquellos silenciosos claustros se discutió el proyectado viaje de Colón, con el guardián y el médico del lugar, García Fernandez. Persuadido el P. Marchena de la conveniencia que resultaba de que Colón llevase á cabo su gigantesca empresa, le dió una carta de recomendación para Fr. Fernando de Talavera, confesor de la reina, Isabel la Católica.

1486, Marzo.—Llegó Colón á Córdoba y fué presentado á la reina Isabel; pero se aplazó el tratar de su proyecto por estar ocupados los soberanos en la guerra de Granada. El cardenal Pedro Gonzalez de Mendoza le procuró á Colón una nueva audiencia de los Reyes, y el rey Fernando mandó á Fr. F. Talavera que juntase en asamblea á los astrónomos y cosmógrafos más entendidos de España, para que tuviesen una conferencia con Colón, examinasen su proyecto y expusiesen su opinión.

1486--87.—Se celebraron en el convento de dominicos de San Esteban, de la ciudad de Salamanca, las conferencias sobre la proposición de Colón, Fray Diego de Deheza, docto religioso, tomó grande interés por Colón y sosegó el ánimo alborotado de sus fanáticos compañeros, y le consiguió una tranquila, ya que no imparcial audiencia.

1487.—Se interrumpieron las conferencias de Salamanca por la salida de la corte para Córdoba, donde se iba á continuar la guerra contra los moros. Colón siguió á la corte, formando parte de la comitiva real.

1491.—Se reunió de nuevo en Sevilla el colegio de sabios para continuar las conferencias y dar una respuesta decisiva á Colón. Fray F. de Talavera dió á los reyes el dictamen de la corporación, informándoles "que en la opinión general de la junta era el proyecto propuesto vano é imposible, y que no convenía á tan grandes príncipes tomar parte en semejantes empresas, y de tan poco fundamento." No obstante este dictamen, los soberanos parecían poco inclinados á cerrar las puertas al proyecto que podía traerles importantes ventajas. Fray F. de Talavera recibió la orden de decir á Colón, que cuando la guerra concluyese, tendrían tiempo é inclinación los soberanos de tratar con él acerca de sus ofertas. Cansado Colón con tanto desengaño, resolvió abandonar á España y marchar á Francia, de cuyo rey había recibido una carta favorable. Con esta intención fué al convento de la Rábida á buscar á su hijo Diego. Cuando el P. Marchena vió llegar á Colón, después de siete años de pretensiones, se llenó de pesar; pero cuando supo que el viajero abrigaba intenciones de abandonar á España, se propuso escri-